

plantea á cada paso en nuestra esfera de atención y de acción, producían un eco que le llamaba á intervenir) que se le pidiese parecer. Le bastaba saber que un amigo se hallaba frente á cualquier dificultad de la vida, ó que alguno de ellos podía hacer algo favorable á la resolución patriótica y justa de una cuestión que importaba á la cultura ó á otro interés elevado de la patria, para que acudiese en seguida, consolando á unos, animando á otros, excitando á los irresolutos, presentando ante los débiles ó distraídos el imperativo de su responsabilidad para con las cosas que le estaban confiadas. Y en todo ese apostolado se derramó una parte considerable de la vida de Giner, cuyos consejos y advertencias consiguieron no pocas veces efectos importantísimos para la vida nacional, muchos de los cuales se llegarán á saber tal vez, pero es seguro que una buena parte quedará para siempre ignorada.

Así fué Giner maestro (es decir, educador) en todos los instantes y para todos los que con él se relacionaban, y por eso no lo conocería bien quien sólo lo conociese á través de sus publicaciones, que expresan no más parte de su espíritu, aunque ciertamente en cosas substanciales que responden á sus más hondas preocupaciones de pensador.



### III

#### Educación física y educación artística

**D**ÍGASE ahora si un hombre que tan vasta y profunda influencia tuvo en la educación y en la dirección espiritual de tantas gentes —apenas si dejó de ejercerse sobre uno sólo de los que se acercaban á él, aunque no fuese más que un momento, porque la impresión que dejaba era siempre fortísima y el poder de su inteligencia y de su ejemplo moral absorbía y arrastraba— no fué el preparador más fecundo de la renovación social de su país. Es ya un tópico vulgar que ésta no se logra eficazmente por un simple cambio exterior de leyes ú organismos, sino mediante la sustitución de idealidades viejas por nuevas; es decir, mediante el



cambio del hombre interior, que es quien hace las cosas, quien aplica las leyes y quien les da vida ó las deforma, según sus costumbres. Giner elevó esta gran verdad á la condición de lema de toda su conducta. Para él, como para muchos de los reformadores del siglo XVIII, la cuestión fundamental en todo momento es la educación, entendida, no al modo vulgarísimo que la reduce á enseñar unos cuantos conocimientos instrumentales (lectura, escritura, aritmética, dibujo...) y otros de curiosidad ó de aplicación profesional (1), sino en su verdadero concepto, que la dirige á la formación y desarrollo de las más nobles facultades humanas y á la orientación de ellas conforme á los ideales de la vida. Sin esa base, todo lo demás que se intente queda como edificado sobre arena. Y Giner pensaba que la España futura, si ha de ser como la sueñan tantos patriotas convencidos de que su fórmula no está en el pasado, sino en el presente y en el porvenir, hay que edificarla sobre «hombres», es decir, sobre individuos que tengan la conciencia de su dignidad y de su responsabilidad, el libre juego de su espíritu, el poder creador de una cultura honda y seria y la conducta noble de un criterio ético que no se dobla ante las sollicitaciones del egoísmo.

Pero si en esto—y en todo lo que esto entraña—

(1) Muchos ministros españoles de Instrucción pública no han salido aún de esta mezquina concepción, ni la creen supe-  
rable en la escuela primaria.

Giner era como todos los reformadores ideales, había en su doctrina y en su influjo educativo ciertas notas salientes que miraban, ó á direcciones de la educación que él estimó como principales, ó á vacíos que era preciso llenar en el desmedrado programa del viejo régimen. Esas notas eran, singularmente, la educación física, la artística y la moral.

El empeño de la educación física no era en Giner, tan sólo, una asimilación de la corriente vigorosa desde hace tiempo en Inglaterra y que él había observado personalmente, penetrando toda su significación y todos sus efectos sobre la raza, sino que respondía á una idea mucho más honda de la Naturaleza y de las relaciones entre el cuerpo y el espíritu. Giner era todo lo contrario de un «materialista» en filosofía, pero no despreciaba la Naturaleza, ni en la parte exterior al hombre ni en la que corresponde al organismo de éste, como se consideran obligados á hacer (teóricamente, en los más de los casos) quienes blasonan de «espiritualistas», y como en el fondo vienen á pensar casi todos los filósofos antiguos y modernos, dado que coinciden en la estimación de que «la aparición de la psiquis, sus fenómenos, fuerzas, fines é intereses, son el momento más elevado de la vida en el mundo», ó en otros términos, «que la ciencia, el arte, la moralidad, el derecho en suma, los fines é intereses del espíritu, desempeñan la más alta función en la vida y sociedad humanas, son el término hacia el que gravitan los mundos, lo más



selecto y refinado del trabajo, donde nuestra vida, una vez satisfechas sus necesidades más imperiosas, que son también las más rudas, se eleva á su mayor dignidad y nobleza». Á estas palabras, con que el mismo Giner, en un admirable artículo titulado *Espíritu y Naturaleza*, define la posición general de los pensadores acerca de este problema filosófico, pueden añadirse estas otras, que lo acercan al terreno pedagógico en que Giner, como ya dije, iba siempre á parar, y lo relacionan con el criterio de la educación física á que vengo ahora refiriéndome: «El mismo cuidado del cuerpo y el cultivo de sus energías, ni el griego antiguo, ni el inglés actual, á cuyo ejemplo hoy en todas partes se opera este poderoso renacimiento... ¿lo han entendido propiamente en interés del cuerpo mismo ó en el del espíritu, en cuanto el desarrollo de las fuerzas de aquél, su resistencia, su equilibrio, hasta su belleza y armonía, son cualidades de que el espíritu goza y se aprovecha, y sin las cuales se siente más ó menos restringido? En este punto, cuando preguntamos á Arnold ó á Spencer, nos dan la misma contestación que Aristóteles.»

Giner tenía muy fundadas dudas en punto á la verdad de esa contestación. Encontraba en la Naturaleza tanta grandeza, tanta perfección, tan admirables cosas, como en el espíritu. «Nada hay superior, según Kant—escribía—, en el mundo, á la vida moral y al cielo estrellado. Pero ¿cuál de estas dos cosas es más grande?» Y la comparación

de los dos órdenes en que corrientemente se divide la realidad, errojaba á su parecer tantos elementos favorables al uno como al otro. «En nuestro mismo cuerpo—dice—, la actividad tan delicadamente compleja de la célula no es menos interesante en verdad, ni desde un punto de vista imaginativo y estético, menos maravillosa, que la más fina obra de arte; y en el mundo exterior, el sistema de un Kant, la paciente investigación de un Darwin ó de un Wundt, ¿en qué pueden llamarse superiores (aunque inferiores tampoco) al sistema solar ó á la vida de la planta ó á la de la tierra? La atracción universal en sí misma, ¿es menos importante que el pensamiento de Newton que la formula? Si el hombre es, como Pascal dice, «una caña que piensa», hay en la caña tanto que ver como en el pensamiento.» Y después de enumerar todas las razones que existen para destruir ese prejuicio de superioridad é inferioridad en cuanto á los dos contrapuestos órdenes (contrapuestos en la doctrina filosófica dominante), Giner, acentuando la aplicación pedagógica ya apuntada, sugiere esta cuestión última: «Si estas dudas estuviesen en su lugar acaso; si naturaleza y espíritu fuesen dos órdenes paralelos y particulares de la vida finita en el mundo, mutuamente limitados, respectivamente superiores é inferiores, cada cual á su modo, ¿tendría que tomar la educación otro sentido que hasta aquí?»

Para Giner lo tomó, sobre la base de su estimación fina y elevada del mundo natural ó físico; y



de ahí el profundo criterio que presidía á su concepto de la educación física y á su contemplación y amor de la Naturaleza.

Aquel concepto, estaba en Giner tan alejado del utilitarismo económico ó patriótico en que suelen reducirlo no pocos educadores (desde la fase de los trabajos manuales á la de los ejercicios de índole militar), como de la *espiritualización* de ella, entendida como el adiestramiento de un criado para que mejor sirva al dueño y señor. Por lo que toca á la Naturaleza, pocos hombres han sabido admirarla y amarla más que Giner, no sólo en un sentido estético, sino en otro más amplio y comprensivo, correspondiente á su idea—que en los párrafos antes copiados se trasluce—del lugar que en la realidad aquélla tiene y de lo que significa para el orden del mundo y para la obra del hombre (1). Por eso la influencia que en este punto ejerció sobre sus discípulos y la tendencia consiguiente que imprimió á esta esfera educativa en la Institución Libre, superan en altura é intensidad y divergen substancialmente en intención de lo que por lo común se piensa y se hace en este orden. Sus discípulos no sólo aprendieron á ver y admirar la Naturaleza, desde el aspecto externo, rítmico y estético del paisaje á las más internas organizaciones,

(1) Léase el admirable artículo de Giner titulado *Paisaje*, publicado en una revista catalana en 1885 y reproducido ahora en la titulada *Peñalara*.



GINER DE LOS RÍOS CONVERSANDO CON D. BERNARDINO MACHADO



pero también á respetarla, á ennoblecerla en su consideración y á mirarla como una esencial é insustituible cooperadora de su labor en la vida. Y con esto, Giner puso una nota original, nunca atendida antes, en la educación española.

No menos intensa y profunda fué la relativa al Arte. Alumno de tercer año de Facultad era yo, y mozo de 17 años, cuando por primera vez en mi vida un compañero de Giner me ponía frente á un monumento de arte y me enseñaba á estimar su belleza y su significación en la Historia. Nadie hasta entonces, ni en la escuela, ni en el Instituto, ni en la Universidad, me había sugerido ni aun la sospecha de que un cuadro, una estatua, un templo medioeval ó un zócalo de ladrillos del Renacimiento, pudieran importar á mi educación humana y á la formación de los horizontes de mi vida. Aquella iniciación me puso en condiciones de entrar de lleno, años después, en ese orden de la influencia pedagógica de don Francisco (cuando dejé de llamarle Giner de los Ríos, para darle ese dulce nombre lleno de respetuosa familiaridad que todos los discípulos le dábamos, sin usar otro), que incorporó á mi inteligencia un mundo nuevo, le procuró goces espirituales altísimos y me ayudó substancialmente para la comprensión de la Historia. De cómo Giner entendía la educación artística, dan buena idea las excursiones de los alumnos de la Institución (que en el *Boletín* se encuentran referidas en gran número), las suyas propias (también allí en



parte consignadas) y el precioso artículo titulado *La crítica espontánea de los niños en Bellas Artes* (1), que revela cómo Giner educaba la facultad crítica de sus alumnos y educaba su gusto artístico. De esa corriente—á que tanto ayudó el entusiasmo y la ciencia de aquel hombre lleno de atractivo que se llamó don Juan Facundo Riaño, secundado por la que fué su mujer, portadora del ilustre apellido de Gayangos—salieron dos consecuencias importantísimas: una, la atracción de gran parte de la juventud que recibió aquella influencia, hacia los estudios de arqueología artística y la íntima incorporación de ellos en nuestra metodología histórica; otra, el descubrimiento de no pocos tesoros artísticos de la vieja España, olvidados y aun menospreciados, y que la diligencia de Giner y de sus discípulos, la persistente búsqueda y el amoroso estudio mediante las excursiones á los más escondidos sitios, incorporaron al saber de nuestra historia, que desde los tiempos de Quadrado y Pi-ferrer parecía dormida en este punto. Vigorosa y original granazón de esta siembra admirable fué, años después, el hermoso y penetrante libro de Cossío sobre el Greco.

(1) *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, tomo IX (1885), págs. 41-42.



## IV

## Educación moral y tolerancia

**P**ERO aun más importante que las dos notas relativas á la educación física y á la artística, era en Giner la correspondiente á la educación moral, á la formación del carácter y á la regla de conducta. El por qué de esto, va ya explicado en el capítulo anterior. Quiero ahora precisar algunos particulares de su doctrina y de su ejemplo en aquellas cosas que más importan para la reforma social, porque tocan al fondo psicológico en que ha de asentarse.

Una de las conquistas más altas, sin duda, que la humanidad ha hecho en punto á las relaciones sociales, es la de la tolerancia, la de la disminu-



ción de los motivos de odio y diferencia que por tantos siglos han separado á los hombres y que son los más formidables obstáculos para la paz y la convivencia armónica dentro de cada pueblo y de unos con otros. Pero esta conquista sólo es efectiva en algunos países, los que pueden legítimamente considerarse á la cabeza de la civilización, y no siempre acompaña á los grandes progresos de la industria, del poder material, ni aun de la producción científica, porque la esencia de la tolerancia no está en predicarla, sino en practicarla para todos y para todo. Lo cierto—tristemente cierto—es que muchos pueblos viven todavía dominados por el odio como sentimiento director de vida, estimándolo útil para conseguir muchos de sus fines, y que la mayoría de los hombres tienen dirigida por él su conducta. Algo de eso nos ocurre á nosotros, por lo menos á una gran parte de nuestra población, y contra ello protestó enérgicamente Giner en todas ocasiones. Por eso, no obstante el «radicalismo» de sus ideas, no perdió nunca—como Gabriel Monod, á quien se parecía en algunas cosas—la serenidad de juicio; no se dejó arrastrar á inconsecuencias de doctrina, tan fáciles en las luchas de opiniones y partidos, ni aun en los momentos en que más inhumanamente le azotó la persecución de los fanáticos, cuya fuerza motriz es el odio; y por eso, también, procuró siempre llevar á sus discípulos hacia el más escrupuloso respeto y la práctica más rigurosa del principio de tolerancia.

La tolerancia no tenía en Giner una procedencia puramente intelectual, como derivación y herencia del programa «liberal» de los tiempos modernos; era también algo con profundas raíces en su sentimiento y en su ética, y le llevaba, de una parte, á la más amable benevolencia hacia los errores humanos de buena fe, y de otra, á un concepto de la cooperación social que prescindía de todas las diferencias causantes de disociación en la mayoría de los hombres. Alguna vez recordó en sus escritos la sentencia bíblica *Regnum divisum, desolabitur*, que en él no era repetición de un tópico con que se simula cultura clásica, sino fórmula de una convicción profunda que la realidad española le avivaba á cada paso. Por eso Giner se sobrepuso siempre á esas divisiones y procuró apartar de ellas—en lo que tienen de envenenadoras de las relaciones sociales, haciéndolas imposibles aun para lo más común y humano—á todos sus discípulos. Para el maestro, todos los españoles que sinceramente buscan la verdad y trabajan por algo útil á la patria, eran sus compañeros, y con ellos estaba dispuesto siempre á colaborar de todo corazón. Lo que en otros respectos pudiera apartarles, no le importaba, lo olvidaba completamente; y no digo que lo sacrificaba al interés más alto del beneficio general, porque en Giner esas colaboraciones no suponían sacrificio ni componendas al modo de las que usan los políticos, sino un movimiento natural en quien no daba importancia en la vida más que á



lo que realmente importa, si no se la considera egoístamente. Su admirable sentido moral en este punto llegaba á extremos como el que voy á referir ahora.

Fué en la última excursión que hicimos juntos á la sierra de Guadarrama. Corría la primavera de 1913. El maestro, apoyado en su bastón, subía firme, gozoso del esfuerzo, la agria pendiente, bajo un cielo intensamente azul inundado de sol; y mientras caminaba, conversábamos. De asunto en asunto, fuimos á parar á ese de los odios que imposibilitan tantas cosas en los países donde ellos son los amos de los corazones, rezumo á veces de la envidia; y entonces, sin pararse, sin adoptar tono declamatorio, llanamente, aludió á recientes campañas dirigidas contra él por algunos periódicos, y en que el insulto y la calumnia, como ocurre siempre en tales casos, abundaban más que las razones: «Sí; Fulano ha dicho de mí muchas perre-rías. Peor para él. Cosa es que toca á su conciencia. Él verá si, examinado ante ella lo que dice, queda satisfecho ó inquieto. En cuanto á mí, si ahora mismo viniese y me dijera: «¿Quiere usted que trabajemos juntos en esta ó la otra obra de patriotismo ó de cultura?», le contestaría: «Sí, vamos.» Y de hecho, más de una vez fué, del brazo de gentes que no pensaban como él en muchísimas otras cosas, á la conquista desinteresada y noble de algo bueno. Jamás fué injusto para ninguno de sus enemigos, y aun cabría decir que extremó su benevolencia

para con muchos, hasta el punto de concederles valores intelectuales y morales muy superiores á la realidad, en su afán de sumar siempre voluntades y cerebros para la obra colectiva. Por eso los hombres que, siendo contrarios suyos en ideas políticas ó filosóficas, tenían algo de corazón y eran abnegados, fueron amigos suyos, ó cuando menos, sintieron por él un respeto y una estimación que se sobrepone á todas las diferencias. Sólo los que, más que fanáticos de una idea, eran almas secas, cerradas á toda bondad y á todo sentimiento de concordia (y á veces escépticos que aparentaban ardores de neófito para hacer su camino egoísta en el mundo), negaron á Giner aquel tributo que católicos muy fervientes y conservadores muy convencidos, le dieron con frecuencia.

Y es curioso observar que el punto en que más coincidían con Giner esos elementos, tan heterogéneos con otros modos de pensar suyos, fué el educativo. No obstante ser la pedagogía de don Francisco y de la Institución lo que más recelos despertaba en los elementos de las extremas derechas dominados por el fanatismo ó (muy á menudo) por el deseo de ser ellos los acaparadores de la enseñanza para fines ajenos á ella, fué en el terreno pedagógico donde se encontraron con Giner y colaboraron en su obra muchos hombres que en otras cosas llevaban distinto camino, pero que (salvo dos ó tres puntos de cuya consideración podía prescindirse, verbigracia la enseñanza religiosa) re-



conocían en las ideas y en las iniciativas de Giner una objetividad, una pureza y un acierto tales, que las constituían en patrimonio común de todos los espíritus que sinceramente, sin fines bastardos, se aplican á la labor educativa nacional; y muchas de esas iniciativas que cuajaron en organismos oficiales sin que se trasluciese la paternidad que en ellas correspondía á Giner (quien nunca tuvo la vanidad de proclamarla), han encontrado sus mejores defensores en esos hombres que el vulgo (y aun muchos de sus mismos correligionarios) estimarían como enemigos de la Institución. Á tal punto la elevación intelectual y moral de Giner arrastraba á las gentes capaces de sentirla.

En esta obra de acercamiento para las labores que pueden y deben ser comunes á todos los llamados «hombres de buena voluntad», ayudaba á Giner de modo extraordinario la gran independencia de su espíritu, que practicaba en todo momento, serenamente, el *Amicus Plato sed magis amica veritas*. Quienes conocían poco á Giner, solían desconcertarse ante esa independencia de sus ideas, que no era sino reconocimiento de la verdad, allá donde estuviese. Por eso no cupo nunca dentro de los partidos políticos, ni figuró en lo que se llama «política activa». Radical en sus conclusiones, ni era «revolucionario» ni jacobino, y más de una vez hizo justicia á las buenas intenciones y á los buenos hechos de ministros cuya política general desaprobaba. Con quienes no transigía era con los

Además, á veces otras mal explicadas - tal vez, si tiene V. algún día un rato p.<sup>a</sup> leer 51 y 52, especialmente desde la pág. 125, se explique mejor cómo yo, por mi parte, pienso exactamente lo mismo que V. en cuanto á que "si el D. positivo coincide en toda ocasión (imposible, p. esto u otra cosa), seguiría habiendo historia" - la cual tiene otra fuente (553) - compare V. las últimas líneas de su pág. 3 con las últimas de nuestra pág. 129. Para ratificarme á mi mismo, en mucho, ratificarme en algo, explicarme en otros puntos, ~~comprobar~~ y manifestar las infinitas dudas y problemas que tanto dentro, me habría gustado poner unas notas - de coincidencia y confirmación - en siempre, y al dar mi trabajo al Boletín, sería imposible hoy p.<sup>a</sup> mí - en la pág. 4, al hablar del positivismo: quise dejar V. fuera de este movimiento (y tendría V. otras razones) á Spencer, Mehl, Schuppe, Stammler, Kohler... - que pienso q. á veces hay D. positivo, indulto 2.º Mis. - ~~sean mis recuerdos y parabienes. ¡un!~~

Fragmento de una carta de D. Francisco Giner, que trata de cuestiones de Filosofía del Derecho



desaprensivos, con los hipócritas ó con los que se atrevían á proyectar el efecto de su ignorancia, envuelta en orgullo, sobre los más sagrados intereses del país. Á esos, llamáranse liberales, conservadores ó republicanos, los despreciaba como elementos ó inútiles ó perjudiciales para la obra sería de cualquier partido, máxime para la que sobre ellos se eleva orientada por el común beneficio de la nación; y naturalmente, los que así eran, no le perdonaban ese desprecio, y de ellos salió siempre la oposición ciega á todo lo que presumían que derivaba de Giner. De esa oposición, que á veces llegaba á conseguir su propósito, algo les pesará en la conciencia á los hombres que, no compartiendo el propósito, fueron débiles y no lo impidieron con la autoridad que concede el ser del mismo campo político de los oponentes.

Otra manifestación de esa tolerancia que venimos examinando, una de cuyas bases era el respeto que á la persona tuvo siempre Giner (y ahí está la raíz firme de toda verdadera democracia, la de la conducta, no la de las predicaciones retóricas), era su modo de censurar y corregir. Empingorotados santones del «orden social» y otros tópicos vulgares conocemos todos, que fueron ó son modelo de violencia é intemperancia en su lenguaje y trato de las gentes. Nunca cayó Giner en esta grosera vulgaridad. Censuraba salvando todos los respetos, y reñía sin voces ni palabras ofensivas, aunque recio y contundente en el fondo.



Solía decir que los buenos caracteres se forjan en el yunque. Sin discutir ahora algún aspecto de esta sentencia que en otro lugar he tratado (1), diré que á ella se atuvo Giner la mayoría de las veces, cuando le interesaba un discípulo y creía que de él podía sacarse un «hombre».

Una de las aplicaciones de su fórmula consistía en ser muy parco en los elogios y amplio é insistente en las censuras del que se sometía á su dirección educativa. Pensaba, á no dudarlo, que el espíritu tiene siempre conciencia de sus facultades, de la potencia de su intelectualidad, pero que á menudo es ciego para sus defectos, y como éstos son los que principalmente entorpecen nuestras obras, sobre ellos, para arrancarlos ó disminuirlos, debe cargar la obra del educador. Para Giner, cada discípulo era una posibilidad de elemento creador en la ciencia, en el arte, en la vida, y por ello una simiente que, para bien de la patria y de la humanidad, conviene proteger de todo peligro, especialmente de los que en sí mismo puede llevar. Por eso, cuanto más estimaba á la persona y más fe tenía en su porvenir, más acentuaba su crítica de aquellos defectos que habían de comprometer ese porvenir mismo, concebido, no en el orden del provecho personal, sino en el del servicio á la causa humana y patriótica. Á veces, su crítica era como

(1) *Aspecto general é histórico de la obra de Costa*, Bilbao, 1912.

un latigazo que, á veces también, salvaba á un hombre, gracias á la enérgica reacción producida. En cierta ocasión decía á un discípulo suyo, hombre de clara inteligencia, de fácil pluma, de lectura variada y de condiciones para la vida social, quien le preguntaba inquieto sobre su éxito en la vida: «Será usted lo que quiera, porque tiene usted cualidades sobradas para ocupar eso que las gentes llaman posiciones sociales; lo que no será usted nunca es un hombre de ciencia.» Á menudo decía, justificando sus amonestaciones: «Corrijase usted de esto ó lo otro, ahora que es aún tiempo. Luego, cuando los años pasan y se consolida el carácter, se apena uno muchísimo de no encontrar en él la flexibilidad necesaria para modificarlo.»

Como antes indiqué, de las buenas cualidades de sus discípulos no hablaba nunca, ó rarísima vez, en presencia del interesado. Aborrecía eso que en jerga periodística se llama «bombo» y que tantas veces tienen que sufrir los hombres que realizan alguna acción pública. Además, temía que aun la aprobación serena y sencilla, emanada de quien era estimado como autoridad, alentase la vanidad ó el exceso de confianza que acechan en el fondo del espíritu. No siempre pudo evitarlo, porque alguna vez su opinión favorable llegaba á oídos de la persona por otros conductos, ó se transparentaba, mal de su grado, en momentos de expansión. ¡Tristes los que se han engreído así, ó los que creen que no hay juicio público que ha



de estimarlos en definitiva, fuera de amistades y de odios, y de la benevolencia esperanzada del maestro!

Lo que en todo caso producían los juicios de Giner—como efecto substancial de la autoridad ética que le reconocieron siempre los que se le acercaban—, era una especie de instinto moral, una conciencia oscura á veces, pero nunca vacilante, que persistía aún en los que, arrastrados por el medio ó débiles ante su egoísmo, se apartaban en su conducta de la regla intelectualmente estimada como buena. La expresión de este desacuerdo entre lo que pensaban y lo que hacían, era el huir de Giner, para esquivar la conversación con el maestro y la segurísima censura. Se trataba á menudo de hombres que nada tenían que temer socialmente de don Francisco, de hombres que ocupaban posiciones independientes sobre las que Giner no poseía ningún género de alcance, de hombres á quienes no les ligaba con el maestro más que la voz de su propia conciencia, según la cual ellos sabían bien que, examinada su conducta, carecerían de razones para defenderla y que no lograrían, ante las razones de Giner, sino convenirse más y más de su error y avergonzarse más de lo que ya lo estaban ante sí mismos. Pero esto bastaba para que el miedo al juicio se produjese y para que la huida se repitiera en tantas ocasiones como sobrevenía el desacuerdo. ¿Se quiere mayor demostración de la inmensa autoridad de Giner

que ese reconocimiento de ella hecho por hombres que, socialmente, podían reirse del maestro y despreciar su doctrina, bien seguros de que el juicio de aquél, nunca formulado en público, no les pondría el más leve obstáculo en el triunfo externo de sus aspiraciones?

Si todos los que habiendo sufrido la influencia moral de Giner han actuado en alguno de los órdenes de vida pública española—incluso la política—escribiesen sus Memorias íntimas con un poco no más de la franqueza y el psicologismo que Rousseau puso en sus *Confesiones*, sabríamos, probablemente, que ese rescoldo de la doctrina del maestro que llevaban en la conciencia, esa vigorosa autoridad que seguía teniendo para ellos, aunque la contradijesen á menudo en los actos, produjo efectos beneficiosos, evitando alguna vez cosas de que sus mismos autores hubieran sido los primeros en arrepentirse, ó trayendo reparaciones á faltas que sólo así podía cada cual perdonarse á sí mismo.

¿Cabe soñar mayor triunfo, más trascendental victoria para un moralista que ni aun tenía la preocupación de vencer, sino meramente la de sembrar?

